



Visita

Eva Abadi

Lic. en Ciencias de la Educación y psicoterapeuta, hace unos años se dedica en profundidad a la escritura. Sus cuentos participan de diferentes antologías y ha publicado: Un dolor medular (2013- Edit. Generaciones de la Shoá) y Desnudos bajo la luna (2013- Edit. Ruinas Circulares).

Mientras ventila los cuartos y tiende las sábanas, recuerda que al principio no se había sentido capaz. No tenía ni la vocación ni el pelo largo ni la paciencia de Penélope, repetía con dosis semejantes de acidez y dolor a quien quisiera convencerla de que "el tiempo pasa rápido", "el mundo, hoy en día, se ha achicado", que tenía que dejarlos volar. ¿Qué había sucedido desde que les forraba los cuadernos, juntaba sus dientes de leche, le trenzaba el pelo a Elena, le curaba las lastimaduras de la rodilla, del codo o el mentón (vivía lastimándose) a Mauricio? Aunque hiciera mucho esfuerzo, entonces, no lograba recordar, mucho menos imaginar, la vida sin ellos a su alrededor. Sola, la habían dejado sola.

Falta poco, piensa. Para que lleguen, desempaquen su ropa, los regalos. Para que invadan cada rincón con su abrumadora necesidad de ponerse al día, de ser atendidos. Como si ya estuvieran allí, como si ya los estuviera escuchando. La voz chillona de su hija describiendo los mil y un destinos exóticos a los que su trabajo la lleva, su tremendo cansancio, el exceso de responsabilidad; contándole del nuevo curso de comida étnica, los beneficios de los arándanos y la leche de coco. Recomendándole —lo tenés que leer, mamá— las obras completas de algún nuevo autor. Diciéndole lo que le conviene, lo que no, lo que... Esforzándose por parecer, como siempre, enteramente feliz. El acento y la tonada aguda de los nietos, de su yerno blanco y pecoso y el de su nuera, tan inasible, tan extranjera. Sus modos ajenos. Los kilos y la pesadumbre que no sólo en el entrecejo, como una enfermedad progresiva, una especie de esclerosis emocional producto de algún virus detractor, su hijo ha venido acumulando año tras año.

Ha comprado el dulce de leche, los alfajores, ha bajado del altillo los colchones y los ha ubicado sobre el piso del escritorio, uno al lado del otro, para sus nietos: Aldana, Jamie, Walter y Ruth. Ha seguido de cerca (todo lo que ha podido) sus vidas. Les ha enviado, puntualmente, regalos y cartas. Para Navidad, para sus cumpleaños. Los ha ido a visitar. Hasta ha aprendido a usar la computadora y el inglés.

Durante los próximos quince días juntos, saldrán de compras, a comer, celebrarán las fiestas. Acompañará a sus hijos a visitar la tumba del padre, mimará y consentirá a los nietos todo lo que pueda. Sabe que Mauricio



podará la enredadera, cambiará cueritos, deambulará por la casa con las herramientas heredadas y la misma actitud de su papá, empezando arreglos que dejará, casi con certeza, sin terminar. Y que Elena querrá resolverle la existencia, toda junta, de manera exprés. Sabe que habrá momentos en que los observará de lejos y que, aunque sus hijos políticos sean realmente encantadores y se esfuercen por complacerla, añorará estar a solas, los tres, como antes. Que eludirá con maestría la nostalgia y cualquier otro signo de indefensión. Que preparará litros de limonada fresca con jengibre y menta como les gusta a ellos, tomarán vino del bueno, kilos y kilos de helado, el té. A esta altura, sabe, también, que nada será como lo había imaginado; que, puntualmente, a las dos semanas, volverá a acompañarlos al aeropuerto, se besarán, abrazarán y todos se sentirán, de alguna manera, aliviados. Sobre todo ella.

Falta poco, lo sabe. Pero por hoy ya ha hecho suficiente. La limpieza y el resto de los preparativos pueden esperar.